

LAURA MÉNDEZ Y MANUEL ACUÑA: UN IDILIO (CASI OLVIDADO) EN LA REPÚBLICA DE LAS LETRAS

LETICIA ROMERO CHUMACERO*

Para el doctor Óscar Mata,
quien “me presentó” a Laura

Pulse tu arpa otra vez el sentimiento,
[...] y sálvese tu gloria del olvido.

Agustín Cuenca, “La vuelta al hogar”

Que tu nombre do quiera repetido,
resplandeciente en sus laureles sea
quien salve tu memoria del olvido...

MANUEL ACUÑA, “A LAURA-EPÍSTOLA”

I

Son las cinco de la tarde del 28 de octubre de 1917 y durante la siguiente media hora, al lado de Luis González Obregón y otros invitados ilustres, una mujer de sesenta y cuatro años de edad hará guardia de honor ante las célebres cenizas

del poeta a quien la Dirección General de Bellas Artes rinde homenaje. La urna que lo resguardará ha sido colocada desde el mediodía en el salón principal de la Biblioteca Nacional; contiene restos exhumados del Cementerio de Dolores de la ciudad de México, dispuestos para su traslado a Saltillo, Coahuila, ciudad natal del vate. La mujer en cuestión es Laura Méndez Lefort, viuda de Cuenca; el poeta cuyas cenizas resguardará, Manuel Acuña Narro. El nexa entre ellos es uno de los secretos mejor guardados en el mundillo intelectual mexicano, por lo que la inusitada presencia de la dama —sólo dos mujeres fueron invitadas al acto— causa cierta curiosidad entre los artistas plásticos, escritores, periodistas y políticos congregados en el ex templo de San Agustín, sede de la Biblioteca.

Pese a haber muerto en 1873, Acuña aún es famoso y su recuerdo convoca a destacados personajes de la cultura, la diplomacia y la política, como Manuel Caballero, Rubén M. Campos, Antonio Caso, Ciro B. Ceballos, Genaro Estrada, Germán Gedovius, Enrique González Martínez, Carlos González Peña, Julio Jiménez Rueda, José López-Portillo y Rojas, Ramón López Velarde, Manuel M. Ponce,

* Profesora-investigadora de tiempo completo en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, plantel Cuauhtémoc, y estudiante del doctorado en Humanidades (línea Teoría Literaria) en la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Iztapalapa.

Manuel Puga y Acal, Efrén Rebolledo, Julio Torri, Manuel Toussaint y Jesús Urueña.¹ Tan admirado por los entusiastas de la versificación romántica, como desdeñado por los detractores de la literatura ligada en el *imaginario* popular al Porfiriato, Acuña es evocado sobre todo como autor de una composición presuntamente relacionada con su suicidio, el famoso “Nocturno” dedicado a quien fuera musa de muchos integrantes del panteón poético nacional, la señorita Rosario de la Peña y Llerena, quien a la sazón habita una casona en el sur de la ciudad, ajena a la ceremonia de ese día.

En contraste, su contemporánea, la señora Méndez de Cuenca, es una escritora reconocida. Ha publicado un tomo de cuentos, un tratado de economía doméstica para niñas, cuatro semblanzas y una buena cantidad de colaboraciones (artículos, crónicas, editoriales, relatos breves, poemas, una novela) en periódicos y revistas mexicanas como *Almanaque de Artes y Letras*, *Boletín del Instituto Científico y Literario del Estado de México*, *El Correo Español*, *El Diario del Hogar*, *Flor de Lis* (de Guadalajara), *Gaceta del Gobierno* (Estado de México), *El Imparcial*, *La Juventud Literaria*, *El Mercurio* (de Guadalajara), *La Mujer Mexicana* (que ella dirigió un tiempo), *El Mundo* de Vicente Sotres (donde tuvo a su cargo la sección literaria), *El Mundo* de Rafael Reyes Spínola, *El Mundo Ilustrado*, *El Nacional*, *El Parnaso Mexicano*, *El Partido Liberal*, *La Patria*, el *Periódico de las Señoras*, *El Pueblo*, *La Regeneración Social* (de Coahuila), *El Renacimiento* (en su segunda etapa), *Revista Azul*, *Revista de Revis-*

tas, *El Siglo XIX*, *El Tiempo Ilustrado* y *El Universal*; en impresos norteamericanos como *El Internacional*, *La Raza Latina*, *Revista Hispano-Americana* (fundada por ella) y *La República*; así como en las peninsulares *La España Moderna*, *La Ilustración: Revista Hispano-Americana* y *Revista de España*.

También es conocida su participación en congresos sobre educación, mutualismo e higiene, efectuados en Estados Unidos y varias ciudades europeas, en representación del gobierno mexicano. Los personajes congregados en torno de la improvisada capilla saben incluso que la venerable dama es autora del himno de la Liga Antialcohólica Nacional, que escribió alguna vez una zarzuela y un libro de fábulas puesto a consideración del Ministro de Instrucción Pública; que fue subdirectora de la Escuela Normal para Señoritas en la ciudad de Toluca, catedrática en la Escuela Normal de la ciudad de México, integrante del Consejo Superior de Educación, además de presidenta de la Sociedad Protectora de la Mujer y de la Sociedad Protectora de Animales. Últimamente es motivo de profunda admiración su asistencia, en calidad de alumna, a la Escuela de Altos Estudios donde un profesor la describió así:

una señora de pelo cano que [oculta] casi siempre bajo el sombrero de moda; [viste], de acuerdo con las primeras modas del feminismo, una chaqueta casi masculina, y se [toca] con un sombrero de carrete... La apariencia de Laura Méndez [es] la de una mujer ya emancipada.²

¹ Vid. Caffarel Peralta, *El verdadero Manuel Acuña*, p. 44.

² Francisco Monterde, *Cumbres de la poesía mexicana en los siglos XIX y XX*, pp. 20-21. Sobre la

Esa laboriosa señora, rigurosa guardiana de la urna con los restos de Acuña, será elogiada por un periodista unos meses después, cuando la sitúe entre quienes “llevan el cetro de la poesía femenina en México”.³

Ciertamente no todos los que hacen honores al receptáculo mortuario conocen los hechos remotos que signan el mes de octubre en el calendario emocional de tan destacada mujer y la ligan con el homenajeado: un día de octubre nació su primer hijo y años más tarde, también en ese mes, contrajo matrimonio. Esos datos tienen sentido sólo para quienes saben que el primogénito de Méndez, nacido en 1873, era hijo de Manuel Acuña; y que uno de los mejores amigos de éste, Agustín Fidencio Cuenca Caba, se casó con Méndez Lefort en 1877. Así pues, Laura y Manuel, dos jóvenes poetas decimonónicos, mantuvieron una relación de enorme cercanía que tras la muerte de él, por obra y gracia de acuerdos tácitos y explícitos, se tornó asunto confidencial aun en medio de la fama que una y otro alcanzaron andado el tiempo.

II

Lo antedicho carecería de interés para la historia literaria de no ser porque involucra a escritores y porque el sonoro silencio alrededor de ellos propició casi por contagio y durante décadas, un mutismo

recepción de la escritora entre sus contemporáneos. Vid. Leticia Romero, “Laura Méndez de Cuenca: el canon de la vida literaria decimonónica mexicana”, en *Relaciones*, pp. 107-141.

³ S/n, “Dolores Bolio”, en *Revista de Revistas*, núm. 414, p. 15.

en torno del trabajo creativo de Laura Méndez, en tanto que favoreció el nacimiento del rutilante binomio Manuel Acuña-Rosario de la Peña, legendario hoy día. Por tanto y por lo menos en parte, la recepción literaria de ambos es fruto de aquellos hechos.

Así pues, se antoja preguntar qué aconteció y por qué fue encubierto. ¿Por qué muchos entre quienes custodiaron las cenizas en 1917 ignoraban el íntimo parentesco de Méndez y Acuña?, ¿por qué quienes lo conocían, callaron? A continuación, la crónica.

III

Laura María Luisa Elena Méndez Lefort nació el 18 de agosto de 1853 en la Hacienda de Tamariz (Amecameca, Estado de México).⁴ A los diecinueve años vivía en la ciudad de México y dedicaba sus días a seguir cursos en el Conservatorio de Música y en la recientemente fundada Escuela de Artes y Oficios para Mujeres,⁵ cuya formación era considerada como equivalente a la de una escuela Normal para profesoras. Vivía con su hermana mayor, Rosa, en Puente de Peredo número 3, domicilio que reportaron al bautizar a Enrique y Arturo Beteta Méndez, sobrinos

⁴ AGN, Genealogías, Archivo Parroquial de Santiago Ayapango, Estado de México, Bautizos, libro 15, 1853-1858, registro 6 (21 de agosto de 1853), p. 3.

⁵ De ello dan cuenta las cartas de Méndez a Enrique de Olavarría fechadas los días 25 de diciembre de 1893, 3 de enero de 1894 y 1 de mayo de 1897. Hay una estupenda versión digitalizada en “Españoles en México en el siglo XIX”: <http://www.coleccionesmexicanas.unam.mx/espanol.html> (revisada en febrero de 2009).

de Laura;⁶ domicilio donde, además, las jóvenes organizaban tertulias literarias.⁷ Sus padres, Ramón Méndez Mérida y Elisa Clara Lefort Arias, habían criado a sus cuatro sucesores (Rosa, Laura, Beatriz y Emilio) en Tlalmanalco y después en la capital del país. El abuelo materno era un comerciante francés, dueño de una cantina en el teatro Principal y de otra en la lejana Azcapotzalco.⁸

Esa era la situación académica y familiar de Laura en abril de 1872 cuando un estudiante de medicina leyó con acento norteño ante los miembros del Liceo Hidalgo reunidos una noche en el Conservatorio, el poema "A Laura", divulgado en las páginas de *El Eco de Ambos Mundos* cinco días atrás.⁹ Se trataba de una serie de tercetos endecasílabos encadenados, rematados por un cuarteto y animados por la obvia intención de encomiar a una poeta:

⁶ El primero fue bautizado el 28 de enero de 1871; el segundo, el 22 de marzo de 1872. Eran hijos "naturales" del abogado Ignacio María Beteta (AGN, Genealogías, Archivo Parroquial del templo del Señor San José de México, Bautizos, año 1871, acta 52, 28 de enero de 1871 y 22 de marzo de 1872). José María Beteta y Rosa Méndez contrajeron matrimonio en 1873. Mención aparte merece la descendencia del sobrino mayor de Laura, pues Enrique procreó a Ignacio María Beteta Quintana (1898-1988), general y jefe del Estado Mayor del presidente Lázaro Cárdenas, además de acuarelista; y a Ramón Beteta Quintana (1901-1965), secretario de Hacienda de Miguel Alemán, embajador de México en Italia durante el gobierno de Adolfo Ruiz Cortines y director de los periódicos *Novedades* y *The News*. Ignacio, por otra parte, fue padre de Mario Ramón Beteta Monsalve (1927-2004), secretario de Hacienda en el régimen de José López-Portillo, director de PEMEX y gobernador del Estado de México.

⁷ Vid. Ignacio Miranda, "El acto heroico del Doctor Orive", en *Revista de Revistas*, p. 23.

⁸ Vid. s/n, "Emilio Lefort", en *El Siglo XIX*, p. 3.

⁹ Así lo reportó la gacetilla s/n, "Liceo Hidalgo", en *El Siglo XIX*, p. 3.

Sí, Laura... que tus labios de inspirada / nos repitan la queja misteriosa / que te dice la alondra enamorada; // [...] que oigamos en tu acento la tristura / de la paloma que se oculta y canta / desde el fondo sin luz de la espesura // [...] Sí, Laura... que tu espíritu despierte / para cumplir con su misión sublime, / y que hallemos en ti a la mujer fuerte / que del oscurantismo se redime.¹⁰

El autor de dichos versos era un saltillense de veintidós años cuya obra poética elogió Ignacio Manuel Altamirano en *El Renacimiento*; su nombre, Manuel Acuña. Durante los siguientes años se especuló que aquellos versos fueron dedicados a Méndez Lefort, pero sólo en 1923 ella confirmó la hipótesis al participar en un homenaje rendido al bardo en el cincuentenario de su muerte, dando a conocer en *Revista de Revistas* una versión autógrafa del poema que había conservado durante décadas.¹¹

Bien pudo ser el de 1872 el primer reconocimiento público ofrecido a la escritora. Sobre esa epístola se ha comentado:

Ignoramos cuáles poemas provocaron ese deslumbramiento [...] debieron ser muy buenos para que en sus tercetos [el poeta] elogie de una manera tan desmesurada la inteligencia y el talento de la joven, al grado de augurarle el arribo a las grandes cimas.¹²

En efecto, es claro que algo habrá leído Laura a su amigo provocando elogios (de ninguna manera desmesurados, dicho sea

¹⁰ Acuña, *Obras*, pp. 69-70.

¹¹ Vid. "A Laura-Epístola", en *Revista de Revistas*, núm. 709, p. 34.

¹² Marco Antonio Campos, *Manuel Acuña. La desdicha fue mi Dios*, p. 32.

de paso). Hasta hoy, las más antiguas composiciones fechadas de las que se tiene noticia fidedigna son las publicadas en marzo y abril de 1874 en *El Siglo XIX* (“Cineraria”, “A***” y “Esperanza”).¹³ Se trata de poemas con posibles referencias relacionadas con la muerte de Acuña, por lo que debe andarse con tiento a la hora de contabilizarlos como conocidos por él.¹⁴

Pero volvamos a la historia. De acuerdo con la declaración del doctor Gregorio Orive –compañero de Acuña en la Escuela de Medicina–, él se encargó de presentar a los jóvenes en casa de las Méndez Lefort, sitio donde “se reunía un grupo de literatos”,¹⁵ lo cual explicaría la familiaridad de Acuña con algunas versificaciones de la muchacha. Por cierto, se ha sospechado, sin pruebas, la participación de ella en tertulias de la Sociedad Netzahualcō-

yotl;¹⁶ de haber ocurrido, Méndez y Acuña se habrían conocido en el ex convento de San Jerónimo, escenario de las tertulias, entre 1868 y 1871. Pero Juan de Dios Peza, “historiador lírico” de la generación de 1867, jamás menciona a la escritora como parte del grupo; tampoco lo hicieron Cuenca, protagonista de los hechos, ni Altamirano, padrino de los jóvenes poetas.¹⁷ Y su ausencia en los recuentos no puede atribuirse a una burda exclusión de género: la española vecindada en Guadalajara, Isabel Prieto, así como las mexicanas Clotilde Zárate y Laureana Wright, colaboraron en 1869 en el órgano de difusión de esa Sociedad, *El Anáhuac* (que no contiene composiciones de Méndez), y no se les escatimó reconocimiento alguno. Tampoco hay noticias de Laura durante la reinstauración del grupo, en 1872. Así, se antoja viable confiar en la versión de Orive: Laura y Manuel se conocieron en una reunión literaria organizada en casa de ella.

Al margen de eso, es imprescindible señalar la posibilidad de que el poema anteriormente referido no sea el único dedicado a la mexiquense por Acuña, pues existen presumibles alusiones a su relación en composiciones de 1872 como “Gracias”, “Por eso”, “Misterio”, “Esperanza”, “Resignación” y “La felicidad”; y en otros, de 1873: “Porque dejaste el mundo de dolores...”, “Adiós”, “Hojas secas” y “La

¹³ Había que comentar que Malcolm D. McLean (*Contenido literario de “El Siglo Diez y Nueve”,* p. 199), reporta otro poema publicado por alguien que firmó con el seudónimo “L”, igual que Méndez; se trata de “Espinelas” (en *El Siglo Diecinueve*, 8ª época, año XXXIII, t. 66, núm. 10,854 (23 de octubre de 1874), p. 3). No parece ser de la mexiquense, pues resulta un tanto pedestre en materia de métrica y los poemas indudablemente de ella no lo son; además, la voz lírica es masculina y dirige su canto a una interlocutora. Por eso lo excluyo de este breve recuento.

¹⁴ Pero no debe descartarse la posibilidad de que Campos, quien propone una data más temprana, haya partido de una aproximación biográfica ficcional como la de *Siempre!*, “A 150 años de su nacimiento: entrevista con Manuel Acuña (poeta mexicano)”; ahí publica una charla con el vate coahuilense, extrañamente presentada como un original extraído de *El Monitor Republicano*. No huelga aclarar que en ese medio jamás se publicó tal documento, que debe atribuirse a la fértil imaginación de Campos.

¹⁵ Miranda, *op. cit.*, p. 23.

¹⁶ Cf. Pablo Mora, “Estudio preliminar. Laura Méndez de Cuenca: escritura y destino entre siglos (xix-xx)”, pp. 23 y 376-377.

¹⁷ Cf. Cuenca, “Manuel Acuña”, en *El Siglo XIX*; Peza, “Manuel Acuña”, en *Memorias*; Perales, *Las asociaciones literarias mexicanas* y Romero, “Tradición, no ruptura: la generación de 1867”.

gloria". Históricamente ha sido desestimada la presencia de elementos autobiográficos ligados a la escritora en los textos del poeta, otorgando un peso mayúsculo y quizá excesivo al "Nocturno" dedicado a De la Peña, pero a la luz del cotejo de sus biografías resulta difícil seguir haciéndolo. Por otra parte, el intervalo abarcado por los textos parece coincidir con el lapso comprendido por la relación, es decir, entre 1872 y 1873; eso indicaría que debió durar "menos de dos años", según cálculo de uno de los biógrafos de él.¹⁸ Ella, a su vez, sostuvo que "sus relaciones acabaron con la muerte del poeta".¹⁹

No sólo en ese dato existe cierta controversia. Líneas atrás se citó a Gregorio Orive, quien en 1923 declaró haber presentado a los poetas en casa de las jóvenes Méndez (hecho verosímil dado que por lo menos una de ellas comenzaba a conocer a los escritores que trabajaban como docentes en el Conservatorio y en la Escuela de Artes y Oficios).²⁰ Pues bien, en 1919 Rosario de la Peña procuró a su confesor otra versión, tan sórdida como cuestionable, atribuyéndosela para colmo al propio Acuña. Así sea de paso se expondrá debido a que tal vez fue una de las razones del silencio posterior en

torno a la poetisa; el relato es este:²¹ en una noche de invierno de 1872 Acuña caminaba por una calle de Santa María la Redonda y salió a su encuentro una mujer "todo lágrimas, todo apuro y toda urgencia", quien le pidió ayuda pues su padre acababa de morir y ella carecía de recursos para hacerse cargo del problema. El muchacho acudió entonces a algunos amigos y a la imprenta de don Ignacio Cumplido, donde a veces trabajaba corrigiendo pruebas de galera. El capital reunido fue suficiente para ceras, caja y entierro, por lo cual los jóvenes se dispusieron a amortajar el cadáver y dar por iniciado el velorio, sin que durante las siguientes horas se presentara alguien por ahí. Acuña, "sentado enfrente de la afligida dama, fijó agudamente su vista sobre ésta y pudo comprobar que realmente era joven y bonita, de buen porte". Solos, al llegar la media noche cerraron la puerta de la calle y, en extremo cansados, se durmieron. "Confiesa el poeta que al día siguiente ella y él ya habían entrado en amor carnal; que le horrorizaba la escena, pero que esa era la verdad, llevado por la belleza y femineidad de su compañera". Hasta aquí el relato expuesto por la anciana señorita De la Peña a su confesor, José Castillo y Piña; él, a su vez, lo divulgó en sus memorias, aunque sin revelar el nombre de la "joven huérfana".

La historia es objetable por varios motivos. En primer lugar los hechos son situados muy tardíamente, en el invierno de 1872, con Laura sola, acompañando el cadáver de su padre en Santa María la Redonda: pues bien, Laura y su hermana

¹⁸ Cf. Rojas Garcidueñas, *Manuel Acuña. Hombre y poeta de su tiempo*, p. xi.

¹⁹ Balbino Dávalos *apud* Castillo Nájera, *Manuel Acuña*, p. 144.

²⁰ Cabe acotar que Rosa Méndez también pudo haber estudiado declamación y quizá actuación en el Conservatorio. En el segundo tomo de su *Reseña histórica del teatro en México*, p. 939, Olavarría la recuerda como actriz de la fallida puesta en escena titulada "La gran Duquesa", montada en 1876. Es pertinente mencionar asimismo que la vena actoral de Rosa fue heredada por algunos de sus descendientes, entre quienes destaca la actriz Amparo Arozamena.

²¹ Sigo la versión de José Farías Galindo, "Acuña y su vida", en *Manuel Acuña a través de la crítica literaria*, pp. 72-75.

Rosa vivían fuera de la casa familiar por lo menos desde enero de 1871, fecha en que la primera fue madrina de un hijo de la segunda. En segundo término es oportuno recordar que ambas habitaban en una casa de Puente de Peredo, calle que desembocaba en San Juan de Letrán (hoy Eje Lázaro Cárdenas) y, por ende, algo lejos de Santa María la Redonda. En tercer lugar, es claro que Laura y Manuel se conocían por lo menos desde abril de 1872 cuando el coahuilense leyó y publicó el poema dedicado a su amiga, de manera que llama la atención ese súbito reconocimiento de “la belleza y femineidad de su compañera”. Cabe preguntarse, cuando leyó los versos que le inspiraron “A Laura”, ¿no había observado que era “joven y bonita, de buen porte”? A eso hay que sumar el testimonio de Orive, quien admitió haber presentado a la pareja en una tertulia, con lo cual se habrían conocido y frecuentado en un contexto muy diferente del imaginado por De la Peña. Finalmente debe atenderse un dato definitivo: en 1872 el padre de Méndez Lefort aún vivía (quien había muerto en Saltillo el año anterior era el de Acuña); don Ramón Méndez no asistió a la boda de Rosa con Ignacio Beteta en junio, pero envió su consentimiento.²² Y existe constancia de que todavía estuvo en Michoacán entre agosto y octubre de 1875 y de que dos años después ya no asistió a la boda civil de su segunda hija. Una sencilla operación matemática permite descartar por incongruente el episodio, pues Acuña murió en 1873 y el abuelo materno de su hijo, en 1876.

²² AGN Genealogías, Archivo parroquial del Sagrario Metropolitano, Matrimonios, 27 de junio de 1872.

En suma, hay elementos suficientes para desechar la infamia divulgada por el confesor. Alguien ha llamado “historieta” a la de Castillo y Piña y “crédulo” a éste;²³ también ha calificado a Rosario de “mitómana”.²⁴ Al parecer, la sórdida versión debe reducirse a un simple caso de celotipia, pues incluso a la distancia de los años (la señora tenía alrededor de setenta y dos de edad cuando contó tales cosas al no muy discreto sacerdote), la poetisa era seria rival para la musa; la primera era una artista reconocida dentro y fuera del país, en tanto la segunda era sólo una inspiradora cuyas viejas fotografías dificultaban adivinar las razones por las cuales pudo rodearse de un nutrido grupo de fieles. Por supuesto, ese insólito relato, rematado por frases del tipo “la idea del suicidio se le fijó luego de haber poseído a Laura la noche de la muerte del padre de ésta, durante el velorio...”, parece un desesperado intento por desviar la atención de quienes, como Altamirano, la consideraron responsable de la inmola-ción; así, tan sentida muerte tendría un origen sórdido y ajeno a ella.

En contraste, la historia macabra es feliz germen del cuento “Monólogo del insumiso”, incluido en *Confabulario*, de Juan José Arreola. Ese relato ostenta obvia dedicatoria: “Homenaje a M. A.”, e inicia con la siguiente frase, casi idéntica a la escrita por el confesor: “Poseí a la huérfana la noche misma en que velábamos a su padre a la luz parpadeante de los cirios”.

²³ Castillo Nájera, *op. cit.*, pp. 89, 98.

²⁴ *Ibid.*, p. 48-64.

IV

Hacia el 4 de marzo de 1873 la relación entre Laura y Manuel pudo haber transcurrido por una ruptura. Por lo menos eso se desprende de una interpretación literal de la composición publicada por él aquel día en las páginas de *El Siglo XIX*. El título del trabajo en cuestión es “Adiós a...”, y fue dedicado, según varias opiniones, a Méndez Lefort, quien a su vez divulgó un año más tarde en las páginas del mismo diario los quintetos alejandrinos de “A****” (“Adiós”, en todas las versiones posteriores).

En el ensayo biográfico *Rosario la de Acuña*, José López-Portillo atribuyó cierto rompimiento (quizá el referente extratextual del poema) a la excesiva cercanía de Méndez con Guillermo Prieto, a la sazón profesor de historia en la Escuela de Artes y Oficios, viudo y ex-ministro de Hacienda, pero también –de acuerdo con un contemporáneo– “entusiasta ardiente en las lides del amor”.²⁵ Se dijo que *Fidel* “requería con abuso” a la muchacha aprovechando su necesidad de boletos de alimentación gratuita, ofrecidos a las alumnas pobres de la Escuela. Aquí cabe puntualizar que ella no sólo vivía con una de sus hermanas y los pequeños hijos de ésta sino que, según versión de Balbino Dávalos, durante un tiempo dependió económicamente del poeta de Saltillo,²⁶ siendo éste tan pobre que en alguna ocasión confesó a su madre no haberle enviado cartas debido a la falta de capital para papel.²⁷ Hubo quien afirmó que dada

la circunstancia antedicha Prieto consiguió sus propósitos o por lo menos hizo correr el rumor que llegó dolorosamente a oídos de Manuel, hombre melancólico, por cierto.²⁸

La franca participación del poeta “de edad tan provecita como la de Ramírez” (López-Portillo *dixit*), fue censurada con sigilo en su momento. Diego Bencomo, verbigracia, apenas aludió al imputado en un poema de diciembre de 1873: “Ya que a la infamia asesinarle plugo, / tiña la sangre del ilustre muerto / la frente vil del criminal verdugo”.²⁹ Años después, desaparecido el poderoso autor de *Musa callejera*, la acusación fue más directa: “por intrigante tuvo mucha responsabilidad [en el suicidio de Acuña]. Detestaba a Manuel [y] le birló uno de sus quereres”, afirmó un ex estudiante de medicina.³⁰ Porfirio Parra, médico también, comparó la versión: “Guillermo Prieto por su pique literario con Acuña, pretendió a Laura, la conquistó y después le llevó el chisme a Rosario”.³¹ “El engaño sufrido con la mujer que hacía versos, llenó [al joven] de amargura”, concluyó a su vez López-Portillo.³² Algunas décadas más tarde la principal involucrada expuso de viva voz la historia a Dávalos, su compañero de trabajo en la redacción de *El Universal* y luego en la de *El Imparcial*; él la transmitió al general Francisco Castillo Nájera cuando éste preparaba una biografía del poeta:

²⁸ Vid. Farías Galindo, *op. cit.*, p. 72. Sobre los rasgos melancólicos, vid. Quirarte, “Un testamento de la ciudad romántica (6 de diciembre de 1873)”, p. 145.

²⁹ Caffarel, *op. cit.*, p. 36.

³⁰ Castillo Nájera, *op. cit.*, p. 45.

³¹ *Ibid.*, p. 46.

³² Campos, *Manuel Acuña...*, p. 71.

²⁵ Castillo Nájera, *op. cit.*, p. 143.

²⁶ *Ibid.*, p. 144.

²⁷ Vid. Acuña, *Obras*, p. 368.

fue novia y, después, amante de Acuña: por estas relaciones, vivió sola, alejándose de familiares y amigos; económicamente dependía del poeta, paupérrimo a la sazón. Buscando alivio, [...] se dirigió a Prieto; lo reputaba leal amigo de Acuña, quien tenía un elevado concepto del ex ministro. Éste ofreció conseguirle boletos de alimentación gratuita y proporcionarle otros subsidios, siempre que la joven concediera sus encantos al vejete. [Ella] rechazó las viles proposiciones.³³

La innoble conducta de *Fidel* también halló eco fuera del círculo literario, como se constata en el colofón de una gacetilla publicada en *El Siglo XIX*; relativa a la Escuela de Artes y Oficios para mujeres, la nota hizo público lo citado a continuación: “En este establecimiento, cuyo nuevo reglamento ha marcado un *hasta aquí* al desorden que dominó en él durante la dirección de D. Guillermo Prieto...” (cursiva del original).³⁴ Amén de la anarquía denunciada y la impunidad con que tuvo lugar, era sabida la enemistad del ex ministro con el novio de Laura; Parra narró a sus alumnos episodios donde se dejaba ver que Hilarión Frías y Soto y Juan A. Mateos avivaron la rivalidad entre Prieto y Acuña, convenciendo al primero de que merecía mayor popularidad que el segundo, a quien calificaban de advenedizo.³⁵

A pesar de lo anterior, en algún momento del mes de octubre nació Manuel Acuña Méndez. La ruptura entre los padres de esa criatura —quizá no definitiva,

como se verá después—, ocurrió meses atrás, alrededor de la fecha en que Laura debió embarazarse. Ello se infiere del siguiente hecho: Acuña publicó su poema “Adiós a...” en marzo, cierto, pero con una nota al calce: “México, febrero de 1873” (cursiva mía). El examen de tal fecha a la luz del cálculo del tiempo normal de gestación permite, por otro lado, discutir la posibilidad de que el drama *El pasado*, fechado un año antes (mayo de 1872), haya tenido por origen las murmuraciones alrededor de Méndez y Prieto. La entrega por necesidad de una joven a un anciano abusivo, tema de la pieza de Acuña, era común en las letras decimonónicas acaso debido al escándalo moral provocado por historias como la de ellos.

El nacimiento del niño, por lo demás, pudo menoscabar el ánimo del padre y quizá coincidió con un período de extrema depresión. Al respecto puede traerse a cuento una revelación hecha por José Negrete, poeta nacido en Bélgica y colega de Manuel en la redacción de *El Eco de Ambos Mundos*, a quien habló de una mujer con la cual había engendrado un hijo. Estimulado por una botella de ajenjo según dictaba el gusto de la época, confesó:

ella también era pobre [...] Una noche... Desde entonces se estableció entre nosotros esa relación íntima que comunica todos los deseos, todas las dolencias, todos los temores, todas las aspiraciones. ¡La dualidad perfecta es una trinidad! Nació un hijo, y mi cerebro y mi corazón se encontraron oprimidos por esa triple conspiración que tiraniza las facultades del hombre:

³³ Castillo Nájera, *op. cit.*, p. 144.

³⁴ S/n, “La escuela de artes y oficios para mujeres”, en *El Siglo XIX*, p. 3.

³⁵ *Vid.* Castillo Nájera, *op. cit.*, p. 17.

la miseria, la delicadeza y la responsabilidad. ¡El que contrae obligaciones sin poder cumplirlas es un miserable!³⁶

Esa inquietud originada en la estrechez económica se percibe asimismo en una carta premonitoria enviada por Acuña a su madre al iniciar el mes de octubre. En ese documento el muchacho de veinticuatro años anuncia que su estado de salud le impedirá concluir la carrera de medicina próximamente; añade:

me pesa ya esta vida de aislamiento y de fastidio en que me consumo sin ver en mi derredor ni una persona que me quiera [...] llegado el momento de volver a ustedes, recuerdo que no podré llevar [...] ni el libro más necesario pues no contaré con qué comprarlo y esto me desespera al grado de que me arrepiento de haber emprendido la carrera y no dedicarme a arriero.³⁷

También en ese mes un compañero del joven lo visitó en su habitación de la Escuela de Medicina a pesar de haber sido advertido: “con nadie quiere hablar”. Aquellos eran “días de mal humor”, pero charlaron hasta que el poeta mostró al visitante una nota: “Lo de menos era entrar en detalles sobre la causa de mi muerte; pero no creo que le importe a ninguno; basta con saber que nadie más que yo es el culpable”; el joven Orive supuso que era una broma.³⁸ Un par de meses después, una nota similar fue descubierta por él, Peza y otros, a un lado del cadáver de Acuña, ya conquistado por el olor a almendras amargas característico del cianuro.

³⁶ Campos, *op. cit.*, p. 49.

³⁷ Acuña, *Obras*, pp. 369-370.

³⁸ Miranda, *op. cit.*, p. 23.

Hay otro aspecto relevante a propósito de los sucesos de ese mes. En 1873 apareció un breve trabajo poético de Acuña, titulado *La gloria. Pequeño poema en dos cantos*. Caffarel Peralta ha advertido que uno de los ejemplares fue dedicado respetuosamente a Rosario de la Peña el 11 de octubre;³⁹ ha documentado asimismo la existencia de otra copia con dedicatoria manuscrita –que necesariamente debemos datar en algún momento entre octubre y el inicio de diciembre de ese año. En comparación con la del día 11, la otra es concisa e íntima, dice lo siguiente: “A Laura. Manuel”.⁴⁰ En una de sus versiones de los hechos, la propia Rosario reveló que cuando el muchacho llegó por vez primera a su casa “ya sostenía relaciones estrechas con una poetisa notable”.⁴¹ Lo anterior deja ver que pese a la ruptura aludida por el poema publicado en marzo, el vínculo entre ellos no había desaparecido del todo, ni siquiera ante la presencia de la señorita De la Peña.

Y aún puede argumentarse algo con base en un documento tan sobresaliente como poco aprovechado por biógrafos del poeta. Tras la muerte de éste, sus compañeros en la redacción de *El Siglo XIX* organizaron una colecta de fondos para la ceremonia funeraria (es sabido que la familia del finado vivía en Coahuila y no contaba con recursos monetarios); parti-

³⁹ La discreta dedicatoria dice así: “Obre. [sic] 11 de 1873. Rosario: Usted tiene la culpa si me atrevo a enviarle este cuaderno, por haberme dicho que le agradaba el día que tuve el gusto de leérselo; si ahora fuese yo tan desgraciado que usted lo hallara malo, perdónelo siquiera porque él le va a decir que como siempre cuenta usted en mí con un sincero y buen amigo. –Man. [sic] Acuña”. Caffarel, *op. cit.*, p. 105.

⁴⁰ *Idem*.

⁴¹ Campos, *op. cit.*, p. 61.

ciparon varias asociaciones literarias, funcionarios del gobierno y amigos. Algunos malintencionados pusieron en tela de juicio el destino del dinero recabado y ello propició que el comité organizador presentara un informe periodístico dando cuenta puntual de cada desembolso. En aquella ocasión se afirmó que al encargado de la recaudación le entregaron diez pesos “para gastos de luto de la familia que dejó en México el señor Acuña”, dieciséis más “para alimentos de [esa] familia” y doce “para el entierro del hijo del señor Acuña”.⁴² En las crónicas de la época no aparece mención alguna sobre la presencia de la madre o los hermanos de Manuel en la ciudad de México; esto parece apuntar hacia la posibilidad de que la familia aludida en la nota periodística haya sido la formada por Laura y su hijo. Ello confirmaría la versión de la escritora, según la cual “sus relaciones acabaron con la muerte del poeta”; también fortalecería las distintas declaraciones que coinciden al subrayar la miseria como *leit motiv* que agobió a la pareja y quizá contribuyó al suicidio del joven bardo.⁴³

V

El 6 de diciembre de 1873 se suicidó Acuña en su habitación de la Escuela de Medicina en la Plaza de Santo Domingo, propiciando una manifestación luctuosa de antología.⁴⁴ Entre quienes co-

nocían su secreta paternidad estaba Negrete; sabedor del drama disimulado, el periodista belga censuró los excesos de tal ceremonia:

Si el fúnebre cortejo [...] hubiese pasado la víspera delante de una puerta cerrada por la miseria, y oído las quejas de una madre que tenía hambre y de un niño que se moría, la comitiva indiferente habría llegado impasible hasta esa tribuna maldita que se levanta sobre cada sepulcro”.⁴⁵

Entre las cartas de despedida de Acuña había “dos para unas amigas íntimas”.⁴⁶ José Luis Martínez ha aventurado que uno de los mensajes era para Rosario;⁴⁷ es del todo creíble que el otro fuera para Laura, madre de su hijo. Durante años la presencia de la poetisa, esa madre que tenía hambre, quedó opacada por la leyenda de la señorita De la Peña, intangible musa. En opinión de Castillo Nájera el mutismo alrededor de la primera fue realmente una “conspiración del silencio”, destinada a respetar la memoria del suicida, la de quien se casó con Laura, “y por consideración a ésta que, esposa y viuda, [fue] una dama intachable”.⁴⁸ También es factible que la artificiosa anécdota narrada por De la Peña a su confesor tuviera alguna resonancia y se tornara motivo suficiente para omitir cualquier mención sobre los involucrados.

⁴² Caffarel, *op. cit.*, p. 39.

⁴³ Castillo Nájera, *op. cit.*, p. 144.

⁴⁴ Es posible revisar los detalles de la ceremonia luctuosa en las crónicas publicadas durante diciembre de 1873 en *El Siglo XIX* y, desde luego, en la elaborada por Quirarte, art. cit., pp. 133-168; a este trabajo espléndido sólo puede objetár-

sele la ausencia de Laura Méndez, protagonista de esa historia, como se trata de demostrar en estas líneas.

⁴⁵ Campos, *op. cit.*, p. 50.

⁴⁶ Peza, *op. cit.*, p. 51. Las otras cartas de Acuña eran para su madre, para Antonio Cuéllar y para Gerardo Silva.

⁴⁷ Vid. Martínez, “Acuña...”, p. xxiv.

⁴⁸ Castillo Nájera, *op. cit.*, p. 46.

No obstante, a pesar del pacto de discreción la escritora debió resistir durante años las habladurías; así se lo confesó a Olavarría dos décadas más tarde:

tanto y tanto como de mí se murmuraba, pues ya sabe usted que unas veces por lo que hice y otras por lo que hubiera podido hacer, siempre he tenido el poco envidiable privilegio de ser traída en las peores lenguas de mis caritativos paisanos.⁴⁹

Y es que, en efecto, los rumores se difundieron durante años. En 1949, por ejemplo, Miguel N. Lira obtuvo con un corrido de su autoría la Flor Natural en los Juegos organizados como homenaje al saltillense; el texto ganador –lamentable, por cierto– incluye los siguientes versos: “Sufre angustias y nostalgia, / pobreza en la faltriquera, / y amor y celos por Laura / y Chole la lavandera. // Una destila heliotropos, / la otra es lirio sin aroma; / la que nombra, es una alondra, / y la innombrada, paloma. // De una adora infierno y gloria, de otra, su olor a jabón; y de las dos, ternura / que arrobó su corazón”.⁵⁰ El pacto de discreción tenía fisuras.

VI

En la redacción de uno de los diarios donde coincidieron, Laura confesó a Balvino Dávalos que durante una de las noches del velorio de Acuña conoció al poeta y periodista capitalino Agustín F. Cuenca,⁵¹

⁴⁹ Méndez, “Cartas...”, 25/10/1897.

⁵⁰ Castillo Nájera, *op. cit.*, p. 199.

⁵¹ *Ibid.*, pp. 143-144.

amigo cercano del finado. No hay motivos para dudar de su palabra, pues la primera aparición indiscutible de él en la vida de la escritora tuvo lugar en enero de 1874, tras la muerte del primogénito de Manuel (*vid infra*). Es interesante notar de paso que si la mexiquense hubiera asistido a las sesiones de la Sociedad Netzahualcóyotl como alguien ha sugerido, habría conocido mucho antes a Cuenca, cofrade de Acuña igual que Agapito y Gerardo Silva, Javier Santamaría y Ricardo Ramírez.⁵²

Pocos años después, en 1877, el aguerido periodista se convirtió en esposo de Méndez Lefort, legándole el apellido con que firmaría el grueso de su obra. Cuando se conocieron él cumplió veintitrés años de edad (había nacido en la ciudad de México el 16 de noviembre de 1850), y publicó el librito *Ángela Peralta de Castera: rasgos biográficos*; había hecho estudios en el Seminario Conciliar y en la Escuela de Jurisprudencia. También era autor de poemas que preludivan la estética que poco después sería conocida como Modernismo; más adelante, algunos fueron dedicados a su esposa;⁵³ es el caso de “17 de enero”, “La vuelta al hogar” y el poco conocido folleto *Para besarla*.

VII

Y precisamente en fecha apuntada en un poema de Cuenca, el 17 de enero de 1874, a las cinco y cuarto de la mañana murió de bronquitis aguda, a los tres meses de edad, el niño Manuel Acuña Méndez.

⁵² *Vid.* Cuenca, “Manuel Acuña”, p. 3.

⁵³ *Vid.* Kuehne, “Hemerografía de Agustín F. Cuenca”, p. 60.

En el Registro Civil se dejó constancia de que era «hijo natural» del finado Manuel Acuña y doña Laura Méndez, de Amecameca [...] de veinte años, soltera».⁵⁴ El pequeño cadáver fue inhumado en el modesto cementerio de Campo Florido, igual que el de su padre. Laura vivía en Zuleta número 10 (hoy Venustiano Carranza, en el Centro Histórico de la ciudad de México); la dirección correspondía asimismo a la de quien compareció ante el juzgado para notificar la muerte del menor, Agustín Cuenca. Éste se encargó de hacer pública la lista de gastos relacionados con las exequias de su amigo Manuel, mencionada líneas atrás; cabe repetir aquí uno de los datos: una fracción de los capitales sirvió «para el entierro del hijo del señor Acuña».⁵⁵ Todo indica que si bien contrajeron matrimonio tres años después, desde esas fechas Méndez y Cuenca mantenían una relación de enorme cercanía, acaso ahondada por la compleja situación de ella, madre soltera sin apoyo familiar ni recursos económicos, ligada a un joven suicida públicamente censurado por elegir tal muerte; una muchacha sola, con aspiraciones literarias y docentes, ámbitos delicados donde una dama debía ostentar intachable fama pública para sobresalir. El amigo de Acuña debió estar al tanto de todo ello.

El general Victoriano Salado Álvarez sugirió alguna vez que Cuenca coartó a su esposa la libertad de publicar,⁵⁶ empero,

por lo menos al principio no fue así, toda vez que las composiciones inaugurales de ella aparecieron en el diario donde él trabajaba como gacetillero y encargado de las «Noticias Locales»: *El Siglo XIX*. En 1874 la distribución de ese decano del periodismo mexicano abarcaba más de doscientas poblaciones mexicanas, amén de algunas norteamericanas y París. Se trataba de un vehículo de abolengo liberal en materia de discusión política pues habían formado parte de la redacción plumas tan destacadas como las de Altamirano, Bulnes, Olavarría, Payno, Peredo, Prieto, Ramírez, Riva Palacio, los Sierra y el propio Acuña, entre muchos más.⁵⁷ Por ende, el ingreso de la poetisa al ámbito público tuvo lugar en condiciones ventajosas, por ocurrir en un medio de amplia divulgación y honda trascendencia.

El Siglo... poseía una dominical «Sección literaria» donde aparecieron tres colaboraciones de Méndez Lefort firmadas con el seudónimo «L...», de cuño claramente autobiográfico. El 1 de marzo circuló la primera, titulada «Cineraria». Se trata de una silva asonantada (AbCb DbEb...); con fecha al calce: «febrero 1874»; su asunto es el dolor ante la muerte. Al parecer se trata de su primera obra publicada, aunque es claro que comenzó a escribir versos desde, por lo menos, dos años atrás, lo cual se colige de los tercetos «A Laura-Epístola» (1872), de Acuña, donde la voz lírica se refiere a la labor creativa de la destinataria. Desde un punto de vista biográfico son significativos tanto el tema como el título de la composición de Méndez pues la cineraria (es decir, la urna para

⁵⁴ AHRC, Juzgado Primero del Estado Civil, ramo Defunciones, Libro 103, acta 144, foja 75, 17 de enero de 1874. Vid. también Caffarel, *op. cit.*, p. 38.

⁵⁵ Caffarel, *op. cit.*, p. 39.

⁵⁶ Cf. Romero, «Laura Méndez de Cuenca: el canon de la vida literaria decimonónica mexicana», en *Relaciones*, pp. 107-141.

⁵⁷ Cf. McLean, *op. cit.*, pp. 15-20.

guardar las cenizas de un cadáver) puede aludir a la reciente pérdida de dos personas muy cercanas: Manuel Acuña Narro y su hijo, Manuel Acuña Méndez. El cariz elegíaco del poema evoca tácitamente esas defunciones.

El 29 de marzo dio a conocer el poema "A***", compuesto por cuarenta y cinco versos: nueve quintetos alejandrinos –hemistiquios heptasílabos– con rima consonante (ABAAB).⁵⁸ Más adelante la autora lo publicó en *Poesías líricas mejicanas* (1878), *El Parnaso Mexicano* (1885) y *Poetisas mexicanas* (1893) con el título "Adiós", a veces escrito entre signos de admiración. En efecto, aquí el asunto es la despedida tras una ruptura amorosa. Como han observado ciertos críticos,⁵⁹ el poema guarda clara correspondencia con el "Adiós" de Acuña, pues comparten metro y asunto. Asimismo, se ha aventurado la hipótesis de que el poema de ella fue modelo del "Nocturno (a Rosario)", arguyendo por ejemplo la similitud fonética y métrica entre un par de versos de Méndez ("y entre crespones blandos y ráfagas de aurora, / la cuna de nuestro hijo como una bendición"), y un par de versos de Acuña ("los dos una sola alma, los dos un solo pecho, / y en medio de nosotros, mi madre como un dios!"). Claro que si se admite el "Adiós" de ella como modelo de la famosa composición de él, tendría que datarse antes de octubre de 1873,

según sugiere Campos; empero, habrá que insistir en que la versión más temprana conocida hasta hoy es la publicada en *El Siglo XIX* un año después.

El 26 de abril de 1874 la poetisa publicó "Esperanza" (A M***), ocho serventesios endecasílabos con rima consonante (ABAB), que llevan al calce la siguiente data: "México, 1874". El tema esta vez es elegíaco: la voz lírica añora a su amado. Desde luego, la dedicatoria "A M***" es elocuente y lo convierte en el único trabajo de la autora dedicado con alguna claridad a Manuel Acuña. Por cierto, sorprende su ausencia en antologías contemporáneas. No está de más añadir que las mencionadas son composiciones de gran finura en lo formal y de profundidad en el tema. Ello les valió el reconocimiento público, según Peza y Olavarría, quienes cuatro años después las encontraban notables.⁶⁰

En febrero del año siguiente fundó un colegio y, el día 9, publicó otra elegía, ahora firmada con su nombre: "Laura Méndez".⁶¹ Se trata de "Bañada en lágrimas: a mi hijo muerto", conjunto de trece sextinas endecasílabas (AAB'C'CB'), de rima consonante, con la nota "México 1875". El tema es tan transparente como su título y dedicatoria aunque es difícil determinar si el referente extratextual continúa siendo el hijo de Acuña o uno de los siete que procreó con Cuenca.⁶²

⁵⁸ Aclaro que en la versión de *El Siglo XIX* fue incorrectamente dividido en estrofas de diez versos heptasílabos sin rima identificable. En todas las publicaciones posteriores el esquema con que se presentó fue el señalado en el cuerpo de este artículo. Es uno de los poemas más conocidos de Méndez.

⁵⁹ Cf. Martínez, "Acuña", pp. xvii-xix; Caffarel, *El verdadero...*, pp. 25 y 81; y Cáceres Carenzo, *op. cit.*

⁶⁰ Vid. Romero, "Laura Méndez de Cuenca: el canon...", p. 115.

⁶¹ Vid. la gacetilla s/n, "Colegio de niñas", en *El Siglo XIX*, p. 3. Con su nombre de casada publicó en ese medio, en 1885, "Fe"; en 1892, "Nieblas"; un año más tarde, "Coloquio con los árboles".

⁶² Hasta hoy sólo hay alguna información sobre los siguientes hijos de Méndez y Cuenca: Eva Adelaida (nacida hacia marzo de 1876 y muerta

Finalmente, el 17 de marzo publicó “Infortunio: a mi madre” (no compilado en ediciones póstumas). Con ese trabajo concluyó un ciclo relacionado directamente con la juventud de la escritora; sólo fue retomado a veces en la columna que mantuvo en *El Imparcial* entrado el siglo xx. Con ese ciclo inició, por otra parte, un corpus de seis decenas de composiciones poéticas, varias de las cuales continúan sin ser publicadas entre dos pastas.

VIII

Cuando se llevó a cabo la ceremonia luctuosa de 1917 referida páginas atrás, el general Castillo Nájera observó con minucia a la escritora, quien “permaneció imperturbable”.⁶³ Otro tanto ocurrió en 1921, cuando preguntó su opinión sobre *Rosario, la de Acuña*, libro recientemente publicado donde se insinuaba su recóndita relación con el vate romántico; ella respondió “sin inmutarse”: “tiene algún interés para la historia de nuestra literatura”.⁶⁴ La historia de la literatura, sin embargo, le escatimaría reconocimiento durante varias décadas, cediendo a los albores del siglo xxi la maravillada exploración de su vida y obra. Por fortuna para la causa de ella, quien en la década de 1870 apenas iniciaba un largo y fructífero periplo, nunca se convirtió en “Laura la de Acuña”, ni en la “segunda musa de nues-

tro siglo romántico”; fue una escritora de mérito y alcances propios: no una mujer-adorno capaz de inspirar, sino una mujer capaz de crear.⁶⁵ Acaso tal es la ventaja de que su malogrado idilio juvenil haya pasado inadvertido en la República de las Letras ■

ARCHIVOS CONSULTADOS

AGN, Archivo General de la Nación. Genealogías. Bautizos.
AHRC, Archivo Histórico del Registro Civil. Ciudad de México. Nacimientos y matrimonios.

BIBLIOGRAFÍA

Acuña, Manuel. *Obras. Poesías, teatro, artículos y cartas*. 4ª ed. Ed. y pról. de José Luis Martínez. México, Porrúa, 1986 (Colección de Escritores Mexicanos, 55).
Caffarel Peralta, Pedro. *El verdadero Manuel Acuña*. México, UNAM, 1999 (Al siglo xix. Ida y regreso).
Campos, Marco Antonio. *Manuel Acuña. La desdicha fue mi Dios*. Comp. y est.: MAC. México, UAM, 2001 (Cuadernos de la Memoria, 8).
Castillo Nájera, Francisco. *Manuel Acuña*, México, Imprenta Universitaria, 1950.
Farías Galindo, José. “Acuña y su vida”. *Manuel Acuña a través de la crítica literaria. Antología*. Selec.: Eleazar López

el 26 de marzo de 1878), Alicia Rosa (nacida el 29 de abril de 1877 y muerta el 7 de marzo de 1937), Mario (nacido hacia agosto de 1878 y fallecido el 13 de junio de 1879) y Horacio (nacido el 27 de octubre de 1879 y muerto el 17 de julio de 1902).

⁶³ Castillo Nájera, *op. cit.*, p. 144.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 144.

⁶⁵ Es fácil demostrar hasta dónde era consciente de ser una escritora profesional. Vid. Romero, “Más que discípula y amiga. Un epistolario de Laura Méndez de Cuenca”, en *Casa del Tiempo*, pp. 7-9.

- Zamora y Jesús Márquez Narváez. De una hemerografía elaborada por María del Carmen Ruiz Castañeda. México, Hemeroteca Nacional, 1974.
- Martínez, José Luis. *La expresión nacional*. México, CONACULTA, 1993 (Cien de México).
- Mclean, Malcolm D. *Contenido literario de "El Siglo Diez y Nueve"*. México, Sobretiro del Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, núm. 313, 1965.
- Monterde, Francisco. *Cumbres de la poesía mexicana en los siglos XIX y XX*. Conferencias impartidas por Monterde et al. Vol. I. México, Delegación Benito Juárez, 1977.
- Mora, Pablo. "Estudio preliminar. Laura Méndez de Cuenca: escritura y destino entre siglos (XIX-XX)". Laura Méndez de Cuenca, *Impresiones de una mujer a solas. Una antología general*. México, FCE, Fundación para las Letras Mexicanas, UNAM, 2006, pp. 15-68 (Biblioteca Americana).
- Olavarría Y Ferrari, Enrique. *Reseña histórica del teatro en México*. Tomo II. México, Porrúa, 1961.
- Perales Ojeda, Alicia. *Las asociaciones literarias mexicanas*, México, UNAM, 2000 (Al siglo XIX. Ida y regreso).
- Peza, Juan de Dios. "Manuel Acuña". *Memorias, reliquias y retratos* [1911]. Pról. Isabel Quiñónez. México, Porrúa, 1990 ("Sepan cuantos...", 594).
- Rojas Garcidueñas, José. *Manuel Acuña. Hombre y poeta de su tiempo*, pról. y antol. de JRC, México: SEP, 1949 (Biblioteca Enciclopédica Popular. Tercera época, 217).

HEMEROGRAFÍA

- Acuña, Manuel. "A Laura-Epístola". *Revista de Revistas*. Año XIV, núm. 709 (9 de diciembre de 1923), p. 34.
- _____. "Adiós a...". *El Siglo XIX*. 7ª época, año XXXII, t. 55, núm. 10,283, 4 de marzo de 1873, p. 2.
- Campos, Marco Antonio. "A 150 años de su nacimiento: entrevista con Manuel Acuña (poeta mexicano)". *Siempre!* 23 de septiembre de 1999.
- Cuenca, Agustín F. "Manuel Acuña". *El Siglo XIX*. 8ª época, año XXXIII, t. 66, núm. 10,891, 5 de diciembre de 1874, p. 3.
- Kuehne, Alyce G. de. "Hemerografía de Agustín F. Cuenca". *Boletín de la Biblioteca Nacional*. T. XVII, 2ª época, núms. 3-4, julio-diciembre, 1966, pp. 53-72.
- Miranda, Ignacio. "El acto heroico del Doctor Orive". *Revista de Revistas*. Año XIV, núm. 709 (9 de diciembre de 1923), p. 23.
- Quirarte, Vicente. "Un testamento de la ciudad romántica (6 de diciembre de 1873)". *Tema y Variaciones de Literatura* [UAM-Azcapotzalco], núm. 5, pp. 133-168, 1995.
- Romero Chumacero, Leticia. "Laura Méndez de Cuenca: el canon de la vida literaria decimonónica mexicana". *Relaciones* [El Colegio de Michoacán], núm. 113, vol. XXIX, invierno de 2008, pp. 107-141.
- _____. "Más que discípula y amiga. Un epistolario de Laura Méndez de Cuenca". *Casa del Tiempo* [UAM]. Vol. II, época IV, núm. 17, marzo de 2009, pp. 7-9.
- _____. "Tradicción, no ruptura: la generación de 1867". Ponencia leída en el VII Congreso Internacional de

Poesía y Poética: La tradición literaria en Hispanoamérica. El poema entre la inmanencia y el mercado. BUAP, 24 de octubre de 2006.

S/n, "Colegio para niñas". *El Siglo XIX*. 8ª época, año XXXIV, t. 67, núm. 10,948, miércoles 10 de febrero de 1875, p. 3.

S/n, "Dolores Bolio". *Revista de Revistas*. Año IX, núm. 414, 7 de abril de 1918, p. 15.

S/n, "Emilio Lefort". *El Siglo XIX*. Año XXXII, t. 55, núm. 10,381, 10 de junio de 1873, p. 3.

S/n, "La escuela de artes y oficios para mujeres". *El Siglo XIX*. 8ª época, año XXXIII, t. 56, núm. 10,664, 21 de marzo de 1874, p. 3.

S/n, "Liceo Hidalgo". *El Siglo XIX*. 7ª época, año XXXI, t. 54, núm. 9,975, 30 de abril de 1872, p. 3.

INTERNET

Cáceres Careño, Raúl. "Laura Méndez: la pasión y la voz". *La Colmena* [Universidad Autónoma del Estado de México]. Núm. 40. En línea. <http://www.uaemex.mx/plin/colmena/Colmena40/Libros/Raul.html> (diciembre de 2008).

Méndez de Cuenca, Laura. "Cartas a Enrique de Olavarría y Ferrari". Mss. en línea. *Espanoles en México en el siglo XIX*. «www.coleccionesmexicanas.unam.mx/espanol.html» (febrero de 2009).